

## Lo que se va

De la degeneración moral de las clases directoras, hoy donde quiera y singularmente entre nosotros manifiesta, una honda enseñanza se deriva. Como todas las dominaciones en la historia, el mundo burgués morirá por do más ha pecado.

La mesocracia llegó al poder, con la revolución, ávida, envidiosa, llena de ambiciones, de rencores y concupiscencias, pero también inteligente, perseverante, laboriosa y proba. La desaparición de esta última, la más característicamente burguesa de todas las virtudes, anuncia para la clase que con ella pierde su título moral de existencia; el advenimiento moral de lo que se ha llamado gráficamente el principio del fin.

Obtuvo la burguesía riqueza y poder (dos nombres distintos de una misma cosa) por el propio procedimiento que ha servido a todas las instituciones y clases para obtener tan codiciados bienes. Hay en cada momento de la civilización una necesidad que urge satisfacer. Quien satsiface esa necesidad y cumple esa misión se hace *ipso facto* poderoso y rico. Si es un individuo se llamará Roma, si una institución se llamará la Iglesia.

Mas estas dominaciones, fundadas en el cumplimiento de una misión histórica, nacen con ella y con ella mueren. Sea que el fin se haya logrado, sea que la institución encargada de hacerle efectivo le deserte y abandone, tan luego como el fin le falta, la institución decae y sucumbe. Poco a poco esos poderes que fueron pujantes van convirtiéndose en detritus y cadáveres interpuestos en la corriente de la civilización, que al cabo arrastra sus fragmentos. Así el sacerdocio, así la nobleza, así la monarquía han ido perdiendo uno a uno sus privilegios y atribuciones a medida que han dejado de desempeñar su función social.

Que la burguesía está dejando de desempeñar la suya, es un hecho patente. El mundo burgués se ha compuesto siempre de dos elementos: uno activo, laborioso, lleno de iniciativa y de energía; otro pasivo, inerte, atento a gozar más que a adquirir, y más dado al ocio que al trabajo. No por perversión de los hombres, por ley natural de las

cosas, a medida que la burguesía se ha enriquecido, el elemento ocioso y pasivo se ha ido engrosando a expensas del activo y trabajador.

Hoy el burgués quiere a toda costa ser propietario o capitalista, vivir de la renta o del interés, aprovechar esos títulos jurídicos que nuestra abstracta y falsa concepción del derecho confiere a algunos sobre el trabajo de los demás, aparecer como un jubilado del orden de la producción.

El burgués alquila su casa, arrienda su tierra, presta su capital y se consagra al ocio. Cada día que pasa aumenta en la industria el número de asalariados y estos lo hacen todo, desde el trabajo manual hasta el intelectual: obreros, capataces, sabios, empresarios, mientras el burgués enriquecido por la herencia o la usura vive a expensas de aquellos a quienes tiene a su servicio. El día en que esta evolución se consume, habrá sonado la última hora de la burguesía.

Si la inmoralidad no es la causa del derribamiento de los poderes históricos, es seguramente su síntoma; que las instituciones apenas comienzan a ser inútiles se corrompen, conforme al profundo apotegma vulgar que pone en lo ociosidad la fuente de todos los vicios. Mal podrá, pues, sobrevivir la burguesía al desenfreno engendrado por el pleno desarrollo en la prosperidad del viejo fermento de sus codicias y ambiciones.

El movimiento uniformemente acelerado de la civilización explica en parte la rápida decrepitud del régimen burgués. Pero tiene este fenómeno otra causa. El sistema capitalista es de suyo deletéreo y corruptor. Los antiguos dominadores, papas, reyes, nobles, habían de hacer algo para conservar su poder. No tenían el beneficio sin el oficio. El capitalista moderno tiene la ventaja sin la carga. Gozar de la suyo es su única obligación social. Semejante a Dios, es porque es.

¿Qué no harán los hombres por alcanzar situación tan privilegiada? No lo buscan por el áspero camino del trabajo. El sistema capitalista ofrece a la codicia otros medios de satisfacción más fáciles y rápidos. Ahí están, el juego, la usura, el ágio, el chanchullo, la prima, todas las infinitas formas de hacer moneda con la sangre y el sudor ajenos, autorizadas por la ley y por el uso consagradas. En esos bazares de conciencia la fortuna